

Lulu, tú lo sabes, ¿verdad? —le preguntó en un susurro dentro del molino.

Se lo preguntó de una forma que no le gustaba nada. Mamá y ella habían ido a apañar setas. ¡Jesús!, a apañar setas en pleno invierno. Había caído una helada terrible y el campo se veía blanquecino, los terrones tiesos y duros como si fueran de acero.

Esa mañana mamá había exclamado con su voz de soprano:

—¡Niñas! Es sábado, ¡hagamos algo diferente!

Lo había gritado entrando en su habitación empujada por un ímpetu arrollador. En aquella época, las mellizas todavía dormían juntas.

Y Mati había respondido en ese tono repipi que enfermaba a Lulu:

—Tenemos que preparar la lección de piano. Si no, la hermana Pilar Echániz se enfadará. Pronto llegarán los exámenes.

Mamá se había detenido en seco, en medio del dormitorio, y la había mirado con extrañeza, como si no la

conociera. Lulu contempló la escena y sintió una oleada de pánico. Entonces, su madre se tocó el cabello nerviosamente, se giró y salió con los labios apretados.

Se fueron a clase de música sin desayunar. Mamá no aparecía por ningún lado y ya llegaban tarde. Cogieron un trozo de pan y salieron por el callejón de detrás de la Casona, el camino más corto para llegar al centro del pueblo. El cielo tenía una grisura tan densa que parecía que en cualquier momento se desplomaría sobre sus cabezas. Caminaron con torpeza, dos marionetas cubiertas por capas y capas de ropa: el abrigo, los jerséis, las camisetas de felpa, los leotardos de lana, los guantes, la bufanda bien anudada sobre la boca. Tenían trece años, pero se vestían igual que si fueran niñas. Nunca se habían puesto vaqueros ni camisetas. Se ponían lo que su madre les daba. Y su madre parecía no darse cuenta de que les estaban creciendo los senos y de que sus cuerpos se estiraban y redondeaban en todas direcciones.

A Lulu le picaba el gorro de punto. Quiso quitárselo, pero luego pensó en su madre. Si la descubriese sin él, la regañaría. Lo haría cuando estuviera fuera de su vista. Giró la cabeza instintivamente. Allí estaba mamá, como solía, asomada a la ventana para despedirlas.

*Solo que...*

Mamá tiene asomado medio cuerpo fuera y no nos mira a nosotras, pensó Lulu, mira hacia abajo, hacia la huerta.

*Solo que hay algo diferente.*

Le dio un codazo a Mati, que también se volvió. Levantaron el brazo al unísono. Pero su madre no pareció darse cuenta, siguió escudriñando algo que había debajo de ella. Contrariada, su hermana aceleró el paso.

—Si no nos damos prisa, llegaremos tarde y nos caerá una bronca.

Echaron a correr por las calles desiertas. Con la helada, el mercado de los sábados no empezaría hasta las nueve, así que no había razón para levantarse antes, todo el mundo estaría resguardado en su casa. Corrieron bajo los soportales de la plaza, torcieron a la izquierda en la esquina de la confitería de Baudilio y solo se detuvieron cuando alcanzaron la mole rojiza del colegio. Entraron en el aula de música jadeando y se colaron en los cuartos de los pianos que estaban libres.

Pero a Lulu le era imposible concentrarse en la sonatina de Haydn que estaba preparando para el examen, si, la, si, do, mi, do. Fusas y semifusas. Bemoles y sostenidos. Un trino. Mierda, se le habían ido los dedos en el trino. Mamá en la ventana, su pelo bien cepillado cayéndole sobre la cara, los extremos de su bata de terciopelo flotando a su alrededor. ¿Qué le pasaba? Parecía rara últimamente. Como si estuviera siempre pensando en otra cosa, no en lo que tenía delante, no en ellas, ni en papá. *En algo diferente.* A veces su rostro se cerraba igual que si subieran una cremallera, ¡ras!, ya estaba, cierre hermético de arriba abajo. ¿Pensaría en sus lecciones de canto? Tenía esa voz preciosa. Preciosísima. Al escucharla te entraban ganas de llorar o de reír. No había término medio. Cantara lo que cantara, canciones leonesas, coplas, boleiros, arias... No sabía música, pero durante un tiempo había tomado clases de canto con un profesor particular que apareció en el pueblo. «Un petimetre», lo llamaba papá entre risas. Petimetre, qué palabra, un hombrecillo acicalado, querrá decir, pensaba Lulu. Mamá se ofendía mucho cuando lo oía, se encendía, se ponía rabiosa y se iba de la habitación muy dignamente. A pesar de todo, aprendió a leer una partitura, a solfear, en una ocasión

cantó incluso en la Coral Isidoriana. Pero un buen día el profesor se largó. Y era como si se hubiera llevado con él alguna parte de mamá.

*Niñas, hagamos algo diferente.*

Tenía que volver a casa, intuía que algo iba a suceder. Algo *malo*. A través de los paneles de vidrio distinguía el reloj en la pared del aula. El tiempo pasaba demasiado despacio. Escuchó unos golpecitos en la doble cristalera que la separaba del cuarto contiguo. Era Mati, que le hablaba por señas: ¿por qué no estás practicando?

Lulu le hizo un corte de mangas: déjame en paz.

Su hermana le sacó la lengua y se llevó un dedo a la sien: estás mal de la chola.

Entonces Lulu se acercó al cristal y habló con la boca pegada a las juntas para hacerse oír sobre el estruendo de cuatro pianos sonando a la vez:

— ¡Tenemos que volver a casa!

Mati abrió los ojos desmesuradamente y volvió a ponerse un dedo en la sien. Lulu contempló a su hermana, pálida y desgarbada, con su rubia melena lánguida pegada a la frente y los grandes ojos grises cargados de cosas demasiado inteligentes. ¿Cómo podía explicárselo si ella misma no lo entendía? No iba a perder el tiempo. Abrió la puerta del cubículo y asomó la cabeza. La monja estaba de espaldas metida en otro cuartito tomándole la lección a una alumna. Salió de puntillas, cogió su abrigo del perchero y escapó del aula. Mati era la única que la había visto y no se chivaría. Cruzó a la carrera el patio del colegio y, cuando alcanzó la calle, una ráfaga de viento gélido la hizo tiritar: con las prisas se había dejado la bufanda y los guantes, pero no le importó, los odiaba. No paró de correr hasta que llegó a la Casona.

— ¡Mamá, mamá! — gritó, y golpeó los portones con los puños.

Nada, no hubo respuesta. Les dio una patada. Estaban cerrados a cal y canto. Su padre había salido con el alba a una feria de ganado y Queta no venía los sábados. Solo estaba mamá y mamá no la oía. Lulu recorrió frenética todas las ventanas. Cerradas. Entonces se acordó del ventanuco del gallinero. Trepó sobre unas jaulas de fruta vacías y se aupó con esfuerzo. ¡Puaf, qué asco! Una masa de telarañas se le pegó en la mejilla. Se las quitó de un manotazo y cayó de culo sobre la paja. Las gallinas se espantaron y corrieron en todas direcciones cacareando. Buscó a tientas la puerta al tiempo que se sentía mareada por el hedor ácido de los excrementos. Cuando por fin salió al patio, llamó a su madre de nuevo, con aquel tono quejumbroso que parecía el de un bebé llorón.

Entró en la casa; se oía un furioso ruido, como si alguien estuviera abriendo y cerrando armarios bruscamente.

— ¡Mamá!, ¡mamá! — gritó muy fuerte, mientras subía lentamente las escaleras armando un escándalo tremendo. No quería sorprender a su madre, no quería pillar en sus ojos esa mirada extraña y hermética.

— ¿Mamá? — iba repitiendo en cada escalón—. ¿Mamá?

Y entonces, cuando estaba ya arriba, ella salió de su dormitorio con expresión furtiva. Se había puesto su vestido beis de manga larga, el de la lazada sobre la pechera, y la chaqueta de angora con botones en forma de perla; se había maquillado el rostro con carmín y colorete, y se había puesto rímel en sus largas pestañas rizadas. El pelo negro y lustroso, ahuecado sobre los hombros. Se quedó mirándola embobada. ¡Estaba tan guapa!

—¿Adónde vas, mamá?

No quiso decir eso, no quiso parecer inquisitiva, pero le salió solo.

Ella hizo un gesto vago con la mano. No le preguntó qué hacía ahí, qué pasaba con su clase de piano, dónde estaba Mati.

—A apañar setas —dijo de pronto, como si se le acabara de ocurrir—, ven conmigo, currina, ya verás qué bien: nísalos, boletus y cantarelas —canturreó.

Abrió el armario empotrado, sacó de su funda el abrigo de lomos de visón, se lo puso y la agarró de la mano, obligándola a descender las escaleras. La mano firme y fría de mamá. La mano que tiraba de ella. La sortija de brillantes se le clavaba en los dedos y le hacía daño. Lulu ya no tenía edad para que su madre la llevara de la mano igual que a un bebé. Pero no se rebeló, anhelaba estar cerca de ella.

—¡Vamos, vamos! —exclamó, agarró el cesto de mimbre y salió a paso rápido con Lulu trotando a su lado—. Nísalos, boletus y cantarelas.

Primero tomaron el camino de concentración. Alma se tambaleaba sobre las sandalias de tacón beis, tropezando en todas las piedras, mientras Lulu notaba un sudor gélido bajo las axilas. Le ardían las orejas. Le asombraba que su madre, con sus finas medias, no sintiera frío. Su madre, que avanzaba sin detenerse. A cualquiera que las viera le llamaría la atención, dos figuras temblorosas en medio del paisaje helado. Pero era probable que nadie las viera. La tierra estaba tan dura que a quién iba a ocurrírsele salir a trabajarla. Estarían todos en sus casas o en el mercadillo o en algún bar, tomando chocolate caliente. Se imaginó un tazón de chocolate humeante y su estómago

se retorció de hambre. De pronto, Alma habló, el aliento le salía de la boca en forma de nubecillas.

— Cuando yo tenía tu edad ya cocinaba, lavaba la ropa, llevaba el mulo a arar la finca, me cosía los vestidos... — Le apretó la mano con más fuerza aún —. Había tanto que hacer... Y gracias que pude ir a la Escuela Villa. Pero solo hasta los catorce. Tu abuelo Avelino se negó a que siguiera estudiando. — Se pasó la mano por el cabello que, con la humedad, estaba convirtiéndose en una masa indomable.

Trató de imaginarse a su abuelo Avelino, a quien no había conocido: un hombre oscuro, autoritario, quizá con bastón, que no permitía estudiar a su hija.

— Pero yo me empeñé y me empeñé. ¿Sabes? Hay que tener la cabeza dura, quiero decir, si crees en algo de verdad, hay que perseguirlo, ¿eh, currina? — Hizo una pausa y exhibió una de esas sonrisas, una sonrisa de mamá, deslumbrante, la única luz cálida en un páramo de hielo. El pecho de Lulu se hinchó de alegría con ella—. Igual que tú con el solfeo y el piano.

Lulu notó que se deshinchaba y se encogía dentro de su trenca. El solfeo. El problema era que ella no creía *de verdad* en el solfeo, en esas filas de notas que manchaban sin ton ni son los pentagramas. Bien mirado, eran bonitas, las huellas de un gorrión salpicadas de tinta. Pero, cuando intentaba tocarlas en el teclado, los dedos tropezaban unos con otros. ¿Cómo se hace para creer en algo de verdad? Lo intentas con todas tus fuerzas. ¿Y si aun así no funciona?

— Entré de costurera en el taller de la señora Hortensia y, con lo que sacaba, me pagué la matrícula a distancia. Echaba de comer a las gallinas y memorizaba los verbos

en francés. Y por la noche me sentaba con la lámpara de aceite entre los sacos de harina a escribir las composiciones. No quería que padre me pillara... No es que me fuera a zurrar, pero se reía de mí: bah, una mujer estudiando, ¿pa' qué? Pensaba que era perder el tiempo, lo que tenía que hacer era casarme. — Su abrigo ondeaba y se enredaba en las piernas de Lulu—. Pero yo me empeñé y empeñé, ya te lo dije, la cabeza dura, y estudié hasta Preuniversitario... Y fui la mejor, ¿eh?, qué te parece, saqué las mejores notas de la provincia — adoptó un tono fiero, casi beligerante —, así que me dieron una beca para estudiar en León, en la Escuela de Magisterio.

— Pero mamá...

Su madre no la escuchó, su voz se tornó exótica, lejana:

— Aunque yo lo que quería de verdad era estudiar canto en el conservatorio, lo acababan de inaugurar, con todos esos pianos relucientes. Ay, pero no hubo forma. Padre transigió a regañadientes con lo de Magisterio, y porque le salía gratis, pero ¿qué era eso del conservatorio? La música, para los cómicos. Así que me fui a Magisterio con mi beca... — Se abotonó el abrigo, se subió el cuello y examinó a Lulu de un vistazo—. ¡Dios del cielo, Lulu, no llevas ni gorro ni bufanda! ¿Qué hiciste con ellos?

Las mellizas sabían, de una manera vaga, que su madre había ido a la universidad o a una escuela universitaria. Y estaban orgullosas: papá y mamá eran licenciados. Casi ningún niño del pueblo podía presumir de ello. Pero ¿una beca? En el colegio los que tenían beca eran los pobres de los pobres: la niña gitana que forraba los libros con papel de periódico; Manuel Án-



gel, que había sido su compañero de pupitre y llevaba siempre la cabeza rapada, por los piojos, y el uniforme sucio y se limpiaba los mocos con el puño del babi. ¿Una beca?

—¿Terminaste la carrera con la... beca? —Le costaba pronunciar esa palabra.

Su madre se rio.

—Conocí a tu padre —dijo avanzando cada vez más rápido.

Lulu la seguía dócilmente. No sería ella quien le preguntara dónde estaban las setas que pretendían apañar. Esperaba que le contara la historia de su padre, la había oído mil veces y le encantaba, ¡tan romántica!

—Tuve suerte con la beca, pero era un estigma, ¿sabes?, igual que si llevaras un sello en la frente: es pobre. En las clases y en la residencia yo no era Alma Yugueros; yo era *la hija de la molinera*. Al principio se reían de mí. Me daba igual. Ya les demostraría que *la hija de la molinera* era más lista que todas juntas. Yo no podía permitirme llevar abrigos bonitos ni zapatos a la moda. Y, currina, ¿crees que me importaba? —Se paró en seco, sacudió la mano de su hija y, con un tirón brusco y doloroso, la obligó a alzar la vista. Sus ojos de color verde, con esas motitas violetas, la abrumaron. Ojos que parecían ocultar mundos enteros. Lulu negó con la cabeza y contuvo la respiración—. ¡Qué va! Me fui apañando, compraba retales por unas pesetas a las gitanas del mercadillo y me cosía faldas y blusas con volantes, y con la cola de un zorro que cazó padre le puse un cuello al abrigo de paño, mi único abrigo.

Reanudó la marcha, arrastrando a su hija con impaciencia.

—¿Qué más te cosías?

—Cualquier cosa, y daba el pego. Tenía cintura y las piernas bien hechas y me cepillaba la melena cien veces cada noche. Tu padre se fijó en mí y las que me despreciaban se quedaron con la boca abierta. —Lanzó una carcajada sofocada por el cuello de piel—. Les importaban un bledo mis buenas notas, solo las impresioné con mi novio. En realidad, a nadie le importaban mis notas, ni a Hernando, ni a padre, ni siquiera a mis profesores, que nos veían como una pandilla de rapazas a la caza de marido. Solo a mí.

Entonces se calló. Tomaron el sendero que discurría junto al reguero, la hierba helada se iba quebrando como el cristal bajo sus pies. Tras avanzar quinientos metros, se toparon con el viejo molino.

—Aquí nació yo —musitó su madre al entrar.

La oscuridad las envolvió súbitamente. Y un intenso olor a trigo, a harina fermentada, un hedor rancio que se extendía horizontalmente igual que un efluvio tóxico.

—Fíjate, tantos años viviendo en este pueblo, haciendo las mismas cosas, repitiendo..., repitiendo todo una y otra vez. —En sus palabras había una nota amarga, un re bemol, un si menor; Lulu se pegó a ella con desesperación, no quería verla así de triste. Notó la suavidad del visón en su rostro. Su madre le acarició la mejilla—. Lulu, tú lo sabes, ¿verdad? —inquirió en un susurro.

¿A qué se refiere?, se preguntó Lulu. Parecía el día de las revelaciones, ¿qué más cosas quedaban por saber? Se revolvió incómoda, no le gustaba ese sitio, ni el extraño humor de su madre, tenía hambre y se estaba congelando lentamente, ya no sentía los dedos de los pies. Se

preguntó si se estarían volviendo azules y si luego, cuando intentara moverlos, se le irían cayendo uno a uno.

—Este molino era de madre. Ella lo heredó... y ya nunca jamás salió de él. Siempre lo mismo. Día tras día. Escondidos aquí como las alimañas en su madriguera. Lulu, ¿sabes qué hay ahí fuera? ¿Lo grande que es el mundo de ahí fuera? —dijo extendiendo el brazo.

Lulu no quería escuchar eso. No quería escuchar nada de lo que su madre le contaba. Solo quería salir al exterior, a la luz, quería que su madre volviera a ser la de antes, llena de energía y de risas.

—Mami, ¿qué pasó cuando conociste a papá? Anda, cuéntamelo. —Eso era lo que quería escuchar. Una historia sabida que la tranquilizara. Su madre siempre ponía esa mirada ensoñadora cuando la narraba. Tironeó de su mano—. Anda, mami, cuéntamelo.

—Tu padre... —dijo ella. Pero, aunque en la penumbra no podía distinguir su rostro, Lulu sabía que en él no estaba esa mirada ensoñadora de otras veces. Lo leía en la voz crispada, doblada sobre sí misma—. ¡Tan apuesto! No te lo imaginas, con ese bigotito, con su traje bien cortado, la corbata fina, la sonrisa. Nunca había visto a nadie en el pueblo sonreír así: con todos los dientes. Y hablaba tan bien... —Habló con un deje desdeñoso—: ¡Vaya, vaya, la hija de la molinera está de novia con un licenciado de Salamanca! —Se rio ferozmente—. ¿No era estupendo?

Se oyó un correteo furtivo. ¿Una rata o un zorro?, trató de adivinar Lulu. Su madre acercó su mano a la nariz.

—Hueles de otra forma. No hueles igual que yo a tu edad, a humo, a sudor, a estiércol, a ropa mugrienta.

Hueles a niña, como debe ser: a leche, a lapiceros, a agua de colonia.

Ella sintió que era injusto.

— ¡Ya no soy una niña! Tengo trece años.

— Es verdad, eres casi tan alta como yo. Y ni me he enterado... Pronto serás una mujer y verás las cosas de otra forma —titubeó—, de otra forma más *cruel*. Lulina, prométeme que no te casarás hasta acabar la universidad. —Le sujetó la cabeza entre las manos.

Lulu asintió varias veces y Alma le estiró los rizos hacia atrás con saña, arrancándole una exclamación de dolor.

— Ah, este pelo, mi mismo pelo —dijo mientras comenzaba a trenzárselo muy apretado—. ¿Dónde está la goma? ¿La perdiste? —preguntó, y su voz se había vuelto tan aguda y tan caudalosa que a Lulu le resultaba casi insoportable escucharla. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Su madre sacó una cinta de un bolsillo y se la ató al final de la gruesa trenza. Pero las dos sabían que era inútil, al poco rato se le acabaría deshaciendo. Entonces lo dijo—: Eres mayor y lo entenderás. Pero todo se arreglará. Solo necesito un poco de tiempo. Te lo prometo.

— ¿Y papá?

— Papá... —dijo ella mientras se sentaba en un escalón polvoriento. Lulu se acurrucó a su lado pensando que a su madre se le ensuciaría su hermoso abrigo de piel.

— Cuéntame la historia.

— Ah, la historia, la historia... Él apareció y ya tenía más de treinta años y quería casarse. Le dije que no, ni hablar. Yo pretendía terminar la carrera rápido para poder trabajar y hacer lo que me diera la gana, que era matricularme en el conservatorio. Lo tenía bien planeado, ¡qué

ilusa! Él no quería esperar, Jesús, qué prisa tenía por fundar una familia, una familia estable y sólida... Rompimos.

El corazón de Lulu echó a galopar dentro de su pecho. ¡Esa parte nunca la había escuchado!

—¿Rompisteis?

—Sí, pero al año volvimos. No sabes lo insistente que puede llegar a ser tu padre cuando se le mete algo entre ceja y ceja. Iba por la residencia, se paseaba arriba y abajo delante de la puerta y las chicas lo espiaban desde las ventanas. Mi compañera de cuarto me volvía loca: baja, baja, decía, no lo puedes dejar escapar. ¡Dejar escapar!, eso decía —lanzó un bufido—, si no lo haces, bajaré yo, decía. Y bajé. Y ese fue el final. El punto final.

—Pero te graduaste, ¿verdad, mamá? Tienes el título en casa.

Su madre se volvió hacia ella, percibió la fragancia de su cabello al moverse, la nube de agua de rosas que la rodeaba.

—Ni siquiera acabé el segundo año. Las cosas se precipitaron. Teníamos que casarnos... pronto, lo antes posible.

—Oh.

—¿Creías que había terminado? ¿Que guardaba enmarcado el bonito título de Magisterio? ¿Quién te lo dijo? ¿Papá?

Entonces su madre hizo algo que nunca le había visto hacer: encendió un cigarrillo.

—Currina, no se lo digas a tu padre, ¿eh? —susurró. Ella asintió vigorosamente, sabía guardar un secreto—. Cuando conocí a Hernando, vivíamos en la casa del pueblo, esa que vendimos hace unos años. Abandonamos el molino después de que madre muriera. Se abrasó, ¿sabes?, se quemó con los fogones, cuando llegué tenía el regazo en

llamas, la saya, el mandil, la blusa, su larga trenza, ¡Dios del cielo!, la cuidé durante días, las úlceras llenas de pus, se retorció de dolor... Fue inútil, pobre madre.

Su madre se calló súbitamente y Lulu escuchó ese ruidito, el *pop* de la calada del cigarrillo, y pensó que era un ruido angustioso: mamá está sorbiendo su vida y la expulsa con el humo y luego se desvanecerá en el aire y dejará de existir. Escudriñó a su alrededor intentando averiguar adónde iba a parar el humo. Sus ojos se habían habituado a la oscuridad y podía distinguir el contorno de las viejas máquinas de madera, la inmensa rueda de piedra que alguien había apoyado contra el muro, y bajo el suelo, a pesar de que la superficie del reguero estaba helada, se escuchaba el discurrir de un hilillo de agua. Claro, el humo va a parar al río, pensó, igual que el agua. Y después, ¿se habrá helado el río? Eso sería fabuloso, a lo mejor hasta se podía patinar. Le gustaría ir a echar un vistazo. La voz de su madre la sobresaltó.

—Yo tenía trece años, igual que tú, y la gente decía que no era bueno que me criara aquí, sola con padre... Y con tanta gente —respiró entrecortadamente—, hombres entrando y saliendo del molino. Así que poco después nos mudamos a la casucha esa. No me gustaba, era estrecha y maloliente, y de todas formas venía al molino a ayudar a padre hasta que me fui a León, e incluso después, los sábados. Así que yo tenía la llave, ¿sabes?, fue ese día, un domingo, lo traje aquí. Hernando —suspiró— era muy especial, ponía pasión en lo que hacía y decía. Arrastraba a la gente. Yo creía en él, que íbamos a llegar lejos los dos juntos... —Su madre le dio varias caladas ávidas al cigarrillo. ¿Desde cuándo fumaba?—. Lo lejos que hemos llegado, ¿eh?, aquí, al molino de *mi* madre. A nuestra casa,

ja, la Casona de *su* madre, de tu abuela Sagrario, esa, esa...  
*mujer.*

Lulu percibió la sangre afluyéndole al rostro, a las sienes, a las mejillas. Se tapó las orejas con las manos.

—Mami, volvamos a casa, por favor, por favor, hace frío.

Su madre se irguió, tiró la colilla al suelo y la apagó con la puntera del zapato.

—Claro, currina. Espérame aquí y no te muevas. No te muevas en absoluto. Vuelvo enseguida. —Le dio un beso en la coronilla—. Todo se arreglará. Solo necesito un poco de tiempo. Te lo prometo.